

victoria, pero una victoria sin ulteriores ventajas, pues sus tropas, extenuadas por la lucha, eran incapaces de un nuevo esfuerzo, y hubo necesidad de abandonar las posiciones conservadas para buscar la protección de las plazas fuertes. En el Norte, como en el Loira y en el Este, la ofensiva les estaba vedada á los soldados de la Defensa nacional. En un ejército de 30.000 hombres, como era el de Faidherbe, sólo una tercera parte de los combatientes podía prestar un esfuerzo útil. Faidherbe arrastraba consigo los 10 ó 12.000 hombres del legendario general Robin, que relegaba siempre á la reserva, pero que nunca terminaron una victoria ni protegieron jamás una retirada y que se dejaron prender en San Quintín, como sus iguales en el Mans ó en Hericourt; excelentes sujetos, pero inexpertos, mal vestidos, mal armados, mal alimentados y cuyas fatigas y sufrimientos habían roto el resorte moral.

El 3 de enero, Faidherbe había evacuado á Bapaume: tres días después, la marcha de Manteuffel, llamado á encargarse del mando del ejército del Sur, convirtió á Gœben en jefe del ejército alemán y el mando del nuevo general fué inaugurado con la capitulación de Perona, ocurrida el 9 de enero. La ciudad, creyendo que Faidherbe había sido derrotado en Bapaume y temiendo un bombardeo, se había rendido sin resistencia. Faidherbe se vió obligado á retirarse por el valle del Soma hasta San Quintín, donde había de librarse la última batalla de la campaña. Esta campaña fué precedida, el 18 de enero, de los combates de Vermand y de Beauvois y señalada por los mismos incidentes de todas las luchas del Norte: resistencia afortunada, mantenimiento de las posiciones, grandes pérdidas causadas al enemigo y retirada, no hostilizada, de los elementos válidos del ejército francés. Fué la última página de la historia del 22.º cuerpo, que Farre y Villenoisy habían formado, bajo el energético impulso de Testelin, que los 279 oficiales y sargentos evadidos de Sedán y de Metz habían reclutado, que el inteligente y audaz Faidherbe había conducido durante cerca de dos meses en diez campos de batalla, sin alcanzar la victoria, que era imposible, pero salvando el antiguo renombre militar de Francia.

Las dificultades y las imposibilidades de la lucha en peñada se manifestaron sobre todo en el Este.

Inmediatamente después del sitio de Estrasburgo, el general Werder había estado encargado de bloquear las plazas fuertes del Alto Rin desde Schlestadt hasta Belfort, y de dispersar las tropas reunidas desde últimos de septiembre bajo el mando de Cambriels. Gravemente herido en Sedán y apenas restablecido, éste no encontró nada organizado en los Vosgos: los guardias móviles, sin disciplina, puestos á sus órdenes, fueron apenas cimentados por la brigada Dupré, que recibió el 4 de octubre. Los mejores elementos de su ejército heterogéneo eran las partidas organizadas por un paisano, el Sr. Keller, y por los oficiales Varaigne, Bourrás, Perrin y Pistor. Las partidas de voluntarios, abandonadas á sí mismas después de los combates de Raón-l'Étape y de Bourgonce, librados en 4 y en 6 de octubre por Dupré, y los de Bouvelieures y Bruyeres (11 de octubre), no habían de intervenir útilmente hasta el final de la guerra. El día 12 de octubre, Werder entró en Epinal, y el 13 en Vesoul, mientras Cambriels, al abrigo de

los muros de Besanzón, reorganizaba su ejército en dos divisiones, una al mando de Thornton y la otra á las órdenes de Crouzat. Gambetta, que, en 18 de octubre, había confirmado los poderes de Cambriels en Besanzón, lo relevó diez días después por el general Michel, y á éste por el general Crouzat. A este último fué dada la orden de dejar una guarnición en Besanzón y conducir su cuerpo de ejército á Chagny y de allí al Loira, donde tenía que formar el 20.º cuerpo de la extrema derecha del primer ejército del Loira. La partida de este primer ejército del Este dejaba la Borgoña abierta al enemigo, que la hubiera conquistado, á pesar de la presencia de Garibaldi en Autún y la de Cremer en Beaune, si Werder no hubiese empleado la mayor parte de sus fuerzas en el sitio de Belfort.

Garibaldi había distribuído en cuatro divisiones mandadas por sus dos hijos Menotti y Ricciotti, por un revolucionario internacional, Bossak-Hauké, y por un rico comerciante de Marsella, Delpech, sus 17 ó 18.000 hombres que formaban una extraña mezcobanza. Batallones de móviles sacrificados, 3.000 voluntarios italianos, españoles, egipcios, griegos, los batallones marseleses de la Igualdad, la guerrilla de Oriente, cazadores de descubierta, los cuerpos francos llamados de la Muerte, de la Revancha y otras cosas, pilluelos de París, tal era el ejército de los Vosgos, que no operó nunca en los Vosgos. El jefe de Estado mayor, que poseía toda la confianza de Garibaldi, era un farmacéutico, Bordone, que había tenido que dar cuenta de algo á la justicia. La llegada del héroe de Caprera alarmó de pronto al gobierno de la Defensa nacional; pero oponiendo luego buen ánimo á mala suerte, el gobierno acabó por tratar al ejército cosmopolita, á veces más peligroso para los franceses que para los alemanes, como un cuerpo de ejército nacional. El mal no estuvo en esto, sino en la independencia completa que se concedió á Garibaldi y á su jefe de Estado mayor.

El 30 de octubre, Garibaldi dejó que los alemanes del general Beyer ocupasen y evacuasen luego Dijón, donde fué muerto el coronel Fauconnet; el 26 y el 28 de noviembre estuvo afortunado contra Degenfeld, en Pasques, y el 1.º de diciembre contra Keller, en Autún; pero, después de estas victorias, en vez de reunirse con Cremer, que había arrojado á los alemanes de Nuits en 29 de noviembre y los había derrotado en Chateaufort el 3 de diciembre, le dejó librar solo el combate victorioso de Nuits (18 de diciembre) que con su concurso hubiera podido ser más decisivo.

Un mes después, la inmovilidad de Garibaldi fué más desastrosa. Cremer había recibido la orden de reunirse con Bourbaki, y Garibaldi la misión de proteger el ala derecha del ejército del Este contra un movimiento del enemigo. Kettler, con 4.000 hombres, distrajo al viejo *condottiere*, librándole el 21 de enero en Talant-Fontaine y el 23 en Pouilly un combate en que perdió algunos hombres, y, detrás de la débil pantalla formada por los alemanes, Manteuffel pudo pasar por entre Langres y Dijón, con los 78.000 hombres del ejército del Sur. Tres días antes del combate de Talant-Fontaine, Manteuffel se hallaba tan libre para sus movimientos que renunció á juntarse con Werder y tomó la resolución de cortar la retirada á Bourbaki por el Sur. Así es que, á pesar del afortunado golpe de mano de los garibaldinos

en Chatillón-sur-Seine y á pesar de la toma de una bandera prusiana en Pouilly, no le faltó razón á la *Comisión informadora* de la Asamblea nacional para sentir que la calidad de extranjero de Garibaldi le hubiese impedido llevarle ante un consejo de guerra «por haber ocasionado la pérdida de un ejército francés y determinado un desastre militar que sólo será comparable en la historia con los desastres de Sedán y de Metz.»

Francia, sin dejar de agradecer á Garibaldi que se hubiese olvidado de Mentana para acudir en su auxilio, se limitó á sentir que no hubiese preferido la soledad relativa de Caprera al cuartel general del ejército de los Vosgos.

Fáltanos referir la lamentable odisea de aquel ejército del Este, formado en Bourges con el 15.º cuerpo derrotado delante de Orleans, con el 18.º y el 20.º derrotados en Beaune-la-Rolande, y reforzado con el cuerpo de Cremer y con el 24.º cuerpo á las órdenes de Bressolles, que había relevado á Mazure en el mando del ejército de Lyon. Gambetta había vigilado en Bourges, desde el 10 hasta el 20 de diciembre, la reorganización de los tres antiguos cuerpos del ejército del Loira. Trasládose de Bourges á Lyon, desde donde envió á Bourbaki todos los hombres disponibles: desgraciadamente, estos hombres no eran soldados y Bourbaki decía de los de Bressolles: «No pueden oír un tiro sin salir huyendo.» Los verdaderos soldados eran muy pocos en aquella masa formada de 130.000 hombres, mandada por un soldado admirable en la pelea, pero sin golpe de vista y sin confianza en sus hombres ni en sí mismo.

Sin embargo, era secundado por lugartenientes como Borel, Martineau, Billot y Clinchant, sin hablar de Bressolles, más rudo, ni de Cremer, más atrevido, pero cuya división era quizá la más sólida de todas. Después de un transporte de tropas de una lentitud desesperante, las cabezas de columna de Bourbaki llegaron, á últimos de diciembre, á los valles del Alto Saona y del Doubs. El 9 de enero, el ejército del Este alcanzó en Villersexel una verdadera victoria sobre Werder, pero una victoria funesta que echó á los alemanes hacia Belfort, en vez de incomunicarlos con esta plaza, y que hizo necesaria, el día 15, una nueva ofensiva del ejército francés. En Hericourt, durante tres días, los 130.000 hombres de Bourbaki trataron en vano de desalojar á los 50.000 alemanes de Werder, que ocupaban fuertes posiciones en la margen izquierda del Lisaina y particularmente el Monte Vaudois, desde el cual comunicaban telegráficamente con el cuartel general de Versalles. Cada nueva tentativa de los franceses era más floja y más fácilmente rechazada. Mucho hacen los jefes al frente de un ejército, pero no pueden hacerlo todo y, para romper el bloqueo de Belfort, hubiera sido preferible un ejército tres veces menos numeroso y compuesto de soldados aguerridos como los de Werder. Los franceses se hallaban á ocho kilómetros de Denfert y no podían hacer nada por él. El mismo Denfert se encontraba inmovilizado en Belfort por la presencia en su pequeño ejército de un excesivo número de nulidades. El frío fué tan intenso, en las dos noches del 15 al 16 y del 16 al 17 de enero, que los alemanes, fiados en la vigilancia de sus puestos avanzados, se refugiaron en todas las casas y en todas las granjas de la vecindad, mientras los franceses permanecían á cielo descubierto,

tritando en torno de pequeñas fogatas difícilmente encendidas.

En la tarde del 17 de enero, Bourbaki ordenó la retirada hacia Besanzón, donde el ejército llegó el 22, más mermado por las deserciones que por el fuego del enemigo, castigado por la miseria y por toda clase de enfermedades, muerto de hambre y de frío y completamente desmoralizado.

¡Si al menos hubiesen podido rehacerse en Besanzón! Pero á esta plaza no le quedaban víveres más que para algunos días; la estrechaban por el Norte las tropas de Werder, y por el Oeste y el Sur las de Manteuffel que no perdía una hora. Para no verse envueltos, era preciso retroceder aún más. El desdichado ejército del Este libra el combate de Vorges el 25 de enero: el 26, se entera con indiferencia de que su jefe, en lucha con insuperables dificultades, exasperado por las censuras del ministro de la Guerra, temeroso de que le echen en cara su pasado bonapartista y las condiciones sospechosas en que salió de Metz, se ha pegado un tiro. La bala se aplastó en su cráneo, sin que la herida fuese mortal.

Clinchant, como más antiguo de los jefes de cuerpo, asume el mando y ordena la retirada hacia Lyon, por Saint-Laurent y Saint-Claude: la retirada se efectúa en desorden; los hombres, rendidos de fatiga, desean que sus penalidades tengan pronto fin, y en cuanto tropiezan con una columna enemiga de cierta importancia, se entregan á ella, como la división Dastugue, del 15.º cuerpo, que en Sombacourt, el 29 de enero, deja que el enemigo le quite dos generales, 50 oficiales y 2.700 soldados prisioneros, 10 cañones, 7 ametralladoras, 48 carros, 319 caballos y 3.500 fusiles. El mismo día, Clinchant tiene noticia de la firma del armisticio y ordena á todos los generales que conserven las posiciones que ocupan, sin combatir más. Manteuffel, que sabe que hay tres departamentos exceptuados del armisticio, ha dado órdenes contrarias. Los franceses, que habían creído llegar al término de sus penalidades, vuelven á tomar las armas con desesperación y libran el combate de Vaux el 31 de enero y los de La Cluse y de Oye el 1.º de febrero. El convenio de Verrieres entre Clinchant y Hans Herzog permite el paso de 80.000 franceses á Suiza, donde llegan demacrados, haraposos, atontados, insensibles á la catástrofe que les alcanza, sin más afán que el de comer y dormir cerca de un buen fuego.

La entrada en Suiza se verificó el 2 de febrero y la rendición de Belfort el 18; Denfert salió sin condiciones, con todos los honores de la guerra, en virtud de una orden expresa del gobierno, firmada por Ernesto Picard, que hacía las veces de ministro de Negocios extranjeros.

El ponente de la *Comisión informadora* sobre los actos de la Delegación de Tours y de Burdeos termina su dictamen con estas palabras:

«En presencia de hechos indiscutibles é injustificables, vuestra *comisión* ha debido pedir la reprobación de la asamblea y del país sobre la dictadura de 1870. Emplazamos ante la historia á los miembros del gobierno de la Defensa nacional.»

El país y la historia han fallado, á falta de la asamblea. El país no ha recordado de Gambetta más que estas soberbias palabras: «Volveré con un ejército, y si tengo la gloria de libertar á París, no pediré ya nada

más al destino. No, no es posible que el genio de Francia se haya velado para siempre y que la gran nación se deje quitar su puesto en el mundo por una invasión de 500.000 hombres.» La historia, comparando las faltas cometidas por los principales actores del gran drama, por Trochu, por Julio Favre, por el mismo Thiers, con las faltas que pudo cometer Gambetta, ha declarado que estas fueron menos graves que aquéllas; y si concedió a los primeros el beneficio de las circunstancias atenuantes, ha pronunciado un fallo absolutorio en favor del que fué el alma de la Defensa nacional.

VI

El 26 de enero, á las doce de la noche, se había disparado el último cañonazo del sitio; cuarenta y ocho horas después, había cesado la resistencia de París—y la de Francia al mismo tiempo—por voluntad del gobierno de la Defensa nacional. Graves faltas fueron la de dejar las armas á la guardia nacional y la de exceptuar del armisticio á Belfort con tres departamentos, pero más grave fué la de negociar y capitular sin conocimiento de causa respecto á Francia entera. Una vez sitiado, París vino á ser una plaza fuerte como todas las demás, la más importante, sin duda, pero sometida á las mismas leyes, no pudiendo tratar militarmente más que por cuenta propia. Así lo había comprendido desde luego el gobierno y los poderes dados á Julio Favre habían sido limitados en este sentido. Pero desde la primera entrevista, celebrada el 23 de enero, entre el ministro francés de Negocios extranjeros y el canciller, tratóse de la situación general de Francia, de su situación política y militar. Bismarck fingía querer tratar con el ex emperador, hablando de los ejércitos de Chanzy, de Faidherbe y de Bourbaki, y no exclusivamente de París, reducido por el hambre á aceptar sus condiciones. En París, como en el cuartel general prusiano, eran conocidas las disposiciones de Gambetta y se temía su resistencia á resoluciones tomadas sin su intervención y en contra de él. Julio Favre regresó á París, y en los consejos celebrados el 24 y el 25 de enero en el Louvre, el gobierno le amplió los poderes al extremo de que, vuelto á Versalles, el ministro de Negocios extranjeros pudo concluir con el canciller la suspensión de hostilidades haciéndola extensiva á toda Francia.

El armisticio empezó para París el 28 de enero y para los departamentos el 31; su duración era de veintidós días. Una distancia de diez kilómetros al menos había de separar las avanzadas de ambos ejércitos beligerantes. El armisticio se aplicaba igualmente á las fuerzas navales, adoptando el meridiano de Dunkerque como línea de demarcación. Las operaciones militares en los departamentos del Doubs, del Jura y de la Costa de Oro, y en el sitio de Belfort continuaban independientemente del armisticio. Este tenía por objeto, como queda dicho, permitir al gobierno de la Defensa nacional la convocación de una asamblea libremente elegida que había de reunirse en Burdeos y pronunciarse por la paz ó la guerra. Los fuertes de París y su material de guerra habían de ser entregados al ejército alemán, que se abstendría de entrar en la plaza durante el armisticio. La guarnición de dichos fuertes quedaba hecha prisionera de guerra, exceptuando una división de 12.000

hombres conservada para el servicio interior, deponía las armas que habían de ser entregadas por comisarios, y no podía salir del recinto fortificado mientras durase el armisticio. Los oficiales conservaban sus armas. Si del armisticio no resultaba la paz, los oficiales y soldados que se encontrasen en París tenían que constituirse prisioneros del ejército alemán.

La guardia nacional, encargada del sostenimiento del orden, conservaba sus armas, como la gendarmería y las tropas asimiladas del servicio municipal, guardia republicana, carabineros y bomberos, con la condición de que el número de hombres de esta última categoría no excediese de 3.500. Todos los cuerpos francos habían de ser disueltos por orden del gobierno francés. El comandante en jefe de los ejércitos alemanes daría toda clase de facilidades para el abastecimiento por vías fluviales y terrestres; pero este abastecimiento no podía operarse en la región ocupada por los alemanes: las provisiones tenían que ser recibidas fuera de la línea de demarcación.

La ciudad de París había de entregar una contribución de guerra de 200 millones, pagaderos antes del décimoquinto día del armisticio.

Había de procederse inmediatamente al canje de prisioneros de guerra en Amiéns, el Mans, Orleans y Vesoul.

Finalmente había de organizarse, por medio del cuartel general de Versalles, un servicio postal para las cartas no cerradas, entre París y los departamentos.

El 28 de enero, á las diez de la noche, Favre y Bismarck pusieron su firma al pie del convenio, y el ministro francés, de acuerdo con el canciller, redactó, antes de volverse á París, el telegrama siguiente que Bismarck se encargó de transmitir á Gambetta:

«Firmamos hoy un tratado con el señor conde de Bismarck. Hemos convenido en un armisticio de veintidós días. Se convoca una asamblea en Burdeos para el 15 de febrero. Dad á conocer esta noticia á toda Francia. Haced ejecutar el armisticio y convocad á los electores para el 8 de febrero. Un miembro del gobierno va á partir para Burdeos.»

Inútil es decir el efecto que produjo este telegrama inesperado y la indignación con que lo leyó Gambetta. Notificólo, sin embargo, el mismo día de recibirlo, á todos los generales puestos al frente de cuerpos de ejército, á los prefectos y subprefectos de toda la nación. El *Moniteur* del día 1.º de febrero publicó un manifiesto al país, redactado por Gambetta, que lo firmó con Cremieux, Glais-Bizois y Fourichón, y en el que sobresalían los pasajes siguientes:

«Se ha firmado sin nuestro conocimiento, sin que se nos haya advertido ni consultado, un armisticio cuya culpable ligereza no hemos conocido sino tardíamente, que entrega á las tropas prusianas los departamentos ocupados por nuestros soldados y nos impone la obligación de permanecer tres semanas en reposo para reunir, en las tristes circunstancias que atraviesa el país, una asamblea nacional.

«Hemos pedido explicaciones á París y guardado el silencio, pues para hablarlos esperábamos la prometida llegada de un miembro del gobierno, al que estábamos resueltos á entregar nuestros poderes. Como delegación del gobierno, hemos querido obedecer, á fin de dar una

prueba de moderación y buena fe, á fin de cumplir con el deber que obliga á no abandonar un puesto sin haber sido relevado...

»Pero nadie viene de París y es preciso obrar: es preciso destruir á toda costa las pérfidas combinaciones de los enemigos de Francia.

»Prusia cuenta con el armisticio para debilitar, ener-

pera el extranjero, instalemos una asamblea verdaderamente nacional, republicana, deseosa de la paz si la paz asegura el honor, el rango y la integridad del país, pero capaz de querer también la guerra, y dispuesta á todo, antes que ayudar al asesinato de la Francia.

»No, no se encontrará un francés que firme esa acta



Bismarck y Julio Favre durante las negociaciones, en casa de la señora Jessé, de Versalles

var y disolver nuestros ejércitos; Prusia espera que una asamblea, reunida después de sucesivos reveses y bajo el golpe de la terrible caída de París, temblará necesariamente y estará dispuesta á aceptar una paz vergonzosa. De nosotros depende que esos cálculos aborten y que las circunstancias mismas que han sido preparadas para matar el espíritu de resistencia lo reanimen y exalten.

«Hagamos del armisticio una escuela de instrucción para nuestras tropas empleamos estas tres semanas en preparar, con más ardor que nunca, la organización de la defensa, de la guerra.

«En vez de la Cámara reaccionaria y cobarde que es-

infame; el extranjero sufrirá un desengaño; tendrá que renunciar á mutilar á Francia, porque, animados todos del mismo amor por la madre patria, impasibles en los reveses, seremos fuertes y arrojaremos al extranjero.

»Para alcanzar tan sagrado fin, es necesaria la abnegación de nuestros corazones, de nuestras voluntades, de nuestra vida y (sacrificio más difícil quizá) de nuestras preferencias.

«...Sin pasión ni debilidad, juremos simplemente, como hombres libres, defender, á todo trance, la Francia y la República.

«¡A las armas!»

En estas palabras palpitaba indudablemente el alma